



HAL
open science

Rusia, Octubre de 1993. Analizar una crisis veinte años después

Myriam Désert

► **To cite this version:**

| Myriam Désert. Rusia, Octubre de 1993. Analizar una crisis veinte años después. 2014. hal-00948655

HAL Id: hal-00948655

<https://hal.science/hal-00948655>

Preprint submitted on 18 Feb 2014

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.



TEPSIS PAPERS

Febrero 2014

Myriam Désert

RUSIA, OCTUBRE DE 1993. ANALIZAR UNA CRISIS VEINTE AÑOS DESPUÉS

El 21 de septiembre de 1993, el presidente Borís Yeltsin aprueba un ukaz (decreto) por el que suspende las funciones del Congreso de diputados del pueblo y del Soviet Supremo de la Federación de Rusia. Dicho ukaz, considerado por los unos como una manera de zanjar el conflicto de varios meses entre Presidente y Parlamento y como golpe de fuerza por otros, provoca una crisis de catorce días en la que el conflicto político degenera en violento enfrentamiento.

Negándose a acatar la decisión presidencial, un grupo de diputados apoyados por el general Rutskoi, Vicepresidente de Rusia, se reúne en sesión extraordinaria en la Casa Blanca, resistiendo al asedio de las fuerzas de orden. Varias manifestaciones se organizan por la ciudad: los partidarios de Yeltsin se congregan cerca del Soviet de Moscú, los partidarios de los diputados, cerca de la Casa Blanca. El enfrentamiento político concluye el 4 de octubre con el bombardeo del Ejército al Parlamento, por orden del Presidente y la detención de los diputados insumisos y de sus seguidores. Balance: más

Myriam Désert

Catedrática de la Universidad de Paris IV – Sorbona

Palabras clave **Rusia** **Crisis (política)** **Memoria** **Violencia** **Constitución**

Referencia electrónica <http://hal.archives-ouvertes.fr/TEPSIS>

Laboratoire d'Excellence

tepsis

Transformation de l'Etat
politisation des sociétés
institution du social

de 150 muertos y 400 heridos. El 12 de diciembre de 1993, se aprueba por referéndum una nueva Constitución, la de la Rusia de hoy.

Veinte años después, abundan las publicaciones, conferencias y coloquios dedicados a la crisis de octubre de 1993 (1) : una multiplicidad de documentos y fuentes de información que contrasta fuertemente con el silencio aplastante que tanto tiempo envolvió dichos acontecimientos. Pero, por mucho que los actores sigan accesibles, por muy numerosas que sean las fuentes audio-, visuales y fotográficas, por mucho que Los Archivos Nacionales hayan conservado los documentos, a mitad calcinados, que se pudo salvar de la Casa Blanca, la crisis de octubre, como tal, sigue prácticamente sin analizar.

Los actores continúan relatando los hechos de manera apasionada, sus recuerdos son a veces irreconciliables. Y el que uno no logre sacar de la inmersión en todo ese material una visión más o menos estabilizada de los acontecimientos, nada tiene de extraño. Veinte años de distancia pocos son, en efecto, para que pueda emerger una descripción racionalizada de un suceso tan complejo como decisivo para el futuro político del país. Veinte años después, en cambio, sí que se puede estudiar la memoria del suceso y cómo lo analizan los actores y testigos.

LA CRISIS ANTES DE LA CRISIS

La víspera del acontecimiento, la suerte no está echada siendo aún inciertas las vías que emprendería la reciente Federación rusa, nacida del desmembramiento de la URSS. La “terapia de choque” lanzada a principios de 1992 por el “gobierno de reformas” de Borís Yeltsin pronto se vivió como un “choque sin terapia” que hundió en la miseria a gran parte de la sociedad. Entonces, gran número de diputados del Sóviet Supremo electos en 1990, se alzaron en defensa de las poblaciones debilitadas por las reformas oponiéndose al poder ejecutivo, propulsor de las mismas, al que, meses antes, ellos mismos confirieron poderes especiales para llevarlas a cabo.

Por otra parte, la política monetarista, una vertiente más del “saneamiento económico”, no llega a prosperar ante las protestas conjuntas de obreros y “directores rojos” a la entrada de las fábricas, propiedad colectiva aún, hasta el inicio de las privatizaciones de otoño de 1992. La inesperada colusión de fuerzas demuestra la incertidumbre que caracteriza el período. El país se encuentra a mitad del vado que debería conducirle a la economía de mercado mientras que diputados y ejecutivo no logran un acuerdo sobre el régimen (presidencial, parlamentario o mixto) que conviene instaurar. En semejante clima de tensiones, los defensores de “una tercera vía” no consiguen hacer oír su voz.

(1) Véase las fuentes y documentos citados en la dirección <http://russie.hypotheses.org/1070>. También podrá consultarse en <http://russie.hypotheses.org/1070> (reseña de 1993) una bibliografía científica, varias actas de reuniones organizadas en Moscú y la documentación del coloquio “¿Un octubre olvidado?, Rusia en 1993”, celebrado en París, en noviembre de 2013, en cuyas conclusiones se basa principalmente este artículo.

La vida institucional sigue regida por una Constitución, aprobada en 1978, que ni contempla los conflictos surgidos tras las hondas mutaciones de la Rusia post-soviética, ni propone regulación alguna. En el referéndum organizado en abril de 1993 se pide al pueblo que se pronuncie pero tanto el ejecutivo como los diputados interpretan, a su propia conveniencia, los resultados de una consulta articulada en cuatro preguntas lapidarias (2) que difícilmente podía aportar una respuesta unívoca.

Si bien el cambio de rumbo había sido acogido con una fe - tan ferviente como cándida - en el liberalismo como nuevo "porvenir brillante", la prueba de la realidad, perturbadora, provoca reticencias muy variadas hasta en los grupos que juntos defendieron hasta entonces un proyecto de liberalización ahora ya poco evidente. Se observan fuertes fluctuaciones tanto en las motivaciones y objetivos de los que acabarán enfrentándose en octubre de 1993 como en las formas, medios y razones de la lucha. Domina una lógica de enfrentamiento entre dos bandos, aun cuando muchos no han definido su postura y que los propios actores desconocen a sus verdaderos aliados. Esa incertidumbre incide considerablemente en las percepciones, expectativas, cálculos y tácticas de los principales protagonistas. A todo ello se suma la intervención espontánea y desorganizada de "las masas", al ser las manifestaciones masivas, desde la perestroika, modo de expresión habitual y legítimo.

Ese es el contexto del enfrentamiento que se avecina, ante la ausencia de "estados mayores" operativos unificados, tanto por parte de B. Yeltsin como de la Casa Blanca. Un caos particularmente difícil de analizar por cuanto la dimensión traumática entorpece la exposición de los hechos.

ACUERDO IMPROBABLE, CALIFICACIÓN IMPOSIBLE

A principios de octubre de 1993, tras varios días de tensiones dentro y alrededor de una Casa Blanca acordonada, desprovista de agua, corriente o comunicaciones, de negociaciones impulsadas por la Iglesia ortodoxa, se acelera el ritmo de los acontecimientos: enfrentamientos violentos el 2 de octubre cerca de la calle Arbat, manifestación del 3 de octubre que desborda el cordón policial, enfrentamientos armados cerca de la torre de la televisión de Ostankino el 3 por la tarde, bombardeo de la Casa Blanca, el 4.

(2) Se pedía a los electores que se pronunciaran sobre: el apoyo al Presidente de la Federación (58% de síes), el apoyo a la política socio-económica seguida por el Presidente (53% de síes), unas elecciones presidenciales anticipadas (49,5 % de síes, 50,5% de noes) y una elecciones anticipadas de diputados del Pueblo (67,2% de síes)

La aceleración y pérdida de control que caracterizan la evolución de los acontecimientos acaban trastocando las propias razones de la lucha: los principales actores pasan de luchar por el poder, a luchar por la supervivencia política, y, más tarde, por una mera supervivencia física. La irrupción de la violencia sorprende tanto más cuanto que la apacible caída de la URSS en 1991 parecía indicar que difícilmente volvería a surgir.

El ritmo de lo sucedido en esos aciagos días de otoño de 1993 explica la confusión, la inconsistencia de las percepciones y el peso de los rumores. Incluso al más alto nivel del Estado, todo el mundo mira CNN para mantenerse al tanto. La información se emite con cuentagotas y como, de todos modos, “los periodistas no saben más que mentir”, cualquier cosa puede ser cierta. La manera de recoger la información siembra la duda sobre las identidades y los hechos: ¿Han existido o no esos snipers a los que se acusa de haber provocado tantas víctimas? ¿Los obuses que cayeron sobre el edificio, eran “de verdad”? ¿Ha habido 165 muertos (versión oficial) o centenares de fusilados?

Como la ausencia de investigación digna de ese nombre impide la reconstitución de los hechos, su calificación resulta un ejercicio particularmente polémico. En muchos relatos de testigos se habla de engaños: el poder de los soviets no es más que un simulacro, las veleidades democráticas de B. Yeltsin, meras quimeras, el término de “Parlamento” aplicado al Soviet Supremo, una usurpación. No sólo hay que “desenmascarar” a las personas y a las instituciones sino que los estigmas cambian de destinatario: a Borís Yeltsin se le califica de “bolchevique” cuando manifiesta su intención de acabar con la “plaga comunista”.

Dicho acontecimiento pone además a prueba al propio yo con sus representaciones: constituye un choque entre credo político y postura ética que enturbia la propia identidad. ¿Cómo un militar que ha prestado juramento a la patria puede zanzar entre Casa Blanca y Kremlin? El pertenecer a las “estructuras de fuerza” no determina la elección de un mismo bando por parte de todos; muchos, además, ni siquiera se definen. Y ¿qué significa optar por un bando? El defender al Soviet supremo no equivale acaso a unirse a los que desde dentro oponen resistencia a B. Yeltsin?

Tantos y más factores que impiden forjar un relato consensual, minimalista aunque fuere. La tipificación o no de los hechos como guerra civil, cuestión planteada repetidas veces durante el coloquio parisino de noviembre de 2013, resulta crucial para los actores, máxime cuando, a su juicio, perfilaría los lindes de la legalidad y, por ende, la definición del régimen político derivado de esa crisis.

¿UN MOMENTO DE HISTORIA – O UNA HISTORIA A ESCRIBIR?

Sea como fuere, todos lo consideran un momento histórico, a juzgar por las analogías con las Revoluciones, tan citadas en relatos y ensayos: Thermidor o Brumaire, situación de poder dual como en 1917, Chile en 1973, a juzgar también por la invocación de las “leyes de la historia” en ponencias y relatos que merman el papel de los principales protagonistas.

Los relatos ilustran esta última característica: nos hablan de un suceso sin héroes ni culpables, destacando la importancia de la improvisación, en una cronología precipitada de los hechos dominada por la incertidumbre. Ello exige una descripción precisa de los enfrentamientos callejeros: resulta pues más esencial que nunca averiguar quién « dominaba » tal o cual lugar, cuáles eran las fuerzas de orden, que tanto se ha calificado de heterogéneas. Para entender mejor la concatenación de los hechos convendría, además, pluralizar los protagonistas: no hubo únicamente enfrentamiento entre dos « poderes » sino también intervención de los poderes regionales, cuya función queda por definir.

Octubre de 1993 constituye además un hito histórico. Marca un fin, que, como de costumbre, se define de diversas maneras: fin del sistema soviético (atacado en su lugar más simbólico: el Soviet) o fin de la democratización (¿Sería entonces la Casa Blanca símbolo de esperanza en una república parlamentaria?); victoria del futuro contra el pasado, para los unos, imposibilidad de un porvenir diferente, para los otros. Lo cierto es que el suceso se percibe como el inicio de una secuencia que se extiende desde la Constitución de 1993 (que acuña un régimen presidencial duro) hasta el autoritarismo del sistema Putin; secuencia obligada, según algunos, una vez que el derramamiento de sangre obliga a transmitir el poder por vía dinástica precaviéndose de cualquier arreglo de cuentas, ya sea judicial o político.

Después de escuchar tantas veces que « todas las partes perdieron », no resulta fácil definir ni quién perdió o ganó, ni lo que se perdió o ganó. Sería prematuro y excesivamente ambicioso, con la poca distancia transcurrida, pretender obtener ya un balance general. Pero sí que se podría, en cambio, ahondar en la cuestión, estudiando las trayectorias individuales, la manera en que los hechos afectaron a las personas y a sus visiones. Por otra parte, una malograda carrera profesional parece haber sido destino común tanto de « vencidos » de la Casa Blanca como de colaboradores de Yeltsin, escasos ya en las altas esferas políticas.

En realidad, con excepción de algunas comparaciones entre 1993 y las manifestaciones de 2011-2012, la repercusión de los sucesos de 1993 en el sistema político actual y la configuración de las instituciones a la que dieron lugar, son temas poco tratados durante los actos de la conmemoración. Y, no obstante, sí que marcaron una evolución: en la manera de percibir lo que es la política, de concebir las relaciones entre poder y sociedad y en las modalidades de solución de conflictos, creando además nuevas reglas y actitudes. Temas, todos ellos, para investigaciones futuras.